

RUTAS Y COMARCAS

FRANCISCO BLÁZQUEZ BARRAS: Por los Llanos de Cáceres	111
---	-----

CÁCERES CULTURAL

ANTONIO JESÚS GONZÁLEZ PRADO: Noticias e información sobre el mundo de la cultura y el arte	119
---	-----

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

ENRIQUE CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES: La ciudad antigua de Iacimurga y su entorno rural (A. Aguilar Sanz - P. Guichard)	129
MANUEL PECELÍN LANCHARRO: El segundo sello (Julio Cienfuegos)	130
MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT: Alojamientos de soldados en la Extremadura del siglo XVII (Fernando Cortés Cortés)	133
Hijos ilustres de la villa de Brozas (Eugenio Escobar Prieto)	133
Crisis y epidemia en Badajoz durante la segunda mitad del siglo XIX (María del Pilar Rodríguez Flores)	134
Zarza la Mayor (Compendio histórico-Artístico) (Ricardo Arroyo Bermejo)	135
La Villa de Acehúche y su término (Salvador Calvo Muñoz) ...	135
CIPRIANO PALOMINO IGLESIAS: Luis Sergio Sánchez: Profesor y poeta extremeño a mediados del siglo XIX (Marcelino Cardalliaquet Quirant)	136
X Premio de Poesía «Cáceres Patrimonio Mundial»	137

LIBROS Y REVISTAS

C. P. I.: Libros y revistas recibidos en la Institución Cultural «El Brocense». Servicio de Publicaciones	141
---	-----

Cultura y lenguaje

La preocupación y el interés por la cultura y por la creatividad humana, a la que hacíamos referencia en el «editorial» del número 38 de ALCÁNTARA, no puede estar divorciada de esa otra capacidad que la naturaleza concedió a nuestra especie antropológica, como fue la capacidad de comunicación, de transmisión, de co-participación con otros semejantes de nuestras propias emociones, ideas, percepciones o imágenes mediante signos o símbolos (palabras), que son los sillares del paramento que encierra el tesoro de la misma cultura.

Así, podemos afirmar que ambas cualidades: la «creatividad» y la «comunicación», forman el estrato sólido, básico, radicular de todo el edificio científico, ideológico y artístico construido por los grupos sociales desde el comienzo de la historia; colocando al hombre en ese nivel superior y dominante de toda la Creación que le define como rey de la misma, siempre y cuando sea capaz de ejercer racionalmente ambas funciones de crear y de comunicar.

Ya los dioses de la tierra y del firmamento, que guiaron los primeros pasos del hombre en su aventura histórica, le confirieron la misión de poner nombres a las cosas, a los animales, a las plantas y a los astros, para que pudiera servirse de ellos. Incluso en el Génesis (2.19,20) el primer mandato de Yahvé a Adán y Eva fue que designaran todo lo que existiese en el paraíso terrenal con palabras, con nombres, con una segunda piel verbal y literaria que fuera más sutil y transparente que la fisiológica, que les facilitara su utilización y su definición.

De esta manera, y sólo a través del lenguaje, podemos decir que el hombre fue el que llevó a cabo la «segunda creación del Universo», al

inventar un nuevo universo de palabras, inflexiones, derivaciones y términos que forman los idiomas, lenguas, códigos de signos, simbologías y demás sistemas convencionales que, al dar una nueva naturaleza a los objetos y a los seres, nos permiten comunicarnos. O, al menos, nos permiten tener la sensación de que es posible la comunicación; y, por tanto, la virtualidad de una cultura mundial que nos aglutine como Humanidad.

Pero el lenguaje, en sus múltiples y variadas formas de expresión, no es, ni ha sido nunca, una herramienta perfecta y acabada, simple y general, que nos facilite esa trasmisión de ideas. Como el barro o el metal, el lenguaje ha sido una materia moldeable y maleable; ampliable o degenerable, según la riqueza y flexibilidad del pensamiento de quien lo usa.

Pensamiento y lenguaje. Lenguaje y Cultura son conceptos directamente proporcionales a la capacidad del individuo para crear y comunicar.

La moderna «Teoría General de la Comunicación» reconoce y analiza una notable variedad de lenguajes que el hombre utiliza habitualmente para transmitir o reproducir su cultura; son lenguajes icónicos, matemáticos, acústicos, cromáticos, incluso en la era de la informática nuevas formas de expresión invaden el universo de los signos y de los conceptos lingüísticos. Aquí, en esta breve incursión en el mundo cultural, solamente vamos a referirnos a uno de estos métodos de comunicación, el más corriente y utilizado: el lenguaje literario —hablado o escrito—, que tradicionalmente viene codificado en las «Gramáticas» de cada uno de los idiomas que en el mundo han sido.

Éste es el instrumento que inventó el hombre para recrear el Universo y para transmitir sus ideas a sus semejantes. Ésta es la segunda «nutrición» maternal que recibimos todos de niños para nuestro crecimiento y desarrollo, después de la nutrición alimenticia destinada al crecimiento físico. Ésta es la herramienta que utilizamos después para entendernos, para informarnos, para desabogarnos, incluso para manipular las ideas y creencias de los otros mediante la propaganda.

Nadie puede negar, ni dudar, del valor operativo del lenguaje y de su protagonismo en el acto de engendrar la cultura y expandirla por el mundo. Pero tampoco nadie puede dudar, ni negar, que a tra-

vés de la manipulación torcida o inconsciente del lenguaje, con la propaganda o la publicidad descontrolada, se pueden hacer sensibles perjuicios a la propia Cultura, a la sociedad que la sustenta y a los individuos —los menos dotados intelectualmente— que no posean filtros o membranas de defensa lingüística que les libre de los nefastos contagios.

Decir que hoy se está consiguiendo «estandarizar» la cultura mediante fórmulas y conceptos industrializados, creados para mejorar los rendimientos del mercado, suprimiendo las diversidades o las diferencias entre los grupos sociales, no es descubrir nada nuevo ya que está siendo continuamente denunciado —con muy escaso éxito— por las minorías más conscientes. Añadir que esta desdichada regularización despersonalizante y ambigua comienza por la «estandarización» del lenguaje literario y su degeneración hacia fórmulas simplistas, vacías de contenido, miméticas — especialmente del inglés— y torpes, es ir un poco más allá en una denuncia, tan inútil como la anterior, que irremisiblemente nos lleva a «Un Mundo Feliz» que ninguno deseamos.

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT